

América Latina: Perspectivas y Nuevos Retos

Por Luis Maira

El año 2004 puede resultar determinante para concretar en América Latina una serie de tendencias positivas que se han venido consolidando desde que comenzó la primera década del siglo XXI. Estos cursos de acción representan el núcleo de un cambio considerable respecto a las orientaciones que la región experimentó en el período precedente y pueden ayudar a establecer un tiempo más propicio para los partidos y organizaciones sociales de orientación progresista.

El decenio de los años '90 constituyó un período difícil en contraposición con las optimistas expectativas iniciales.

Probablemente debido a los desfavorables resultados de la llamada 'década perdida' y por el clima de euforia que acompañó al final de la guerra fría se esperaba que los principales indicadores económicos y sociales fueran muy favorables para nuestros países. También que se consolidaran los procesos de transición a la democracia iniciados tras el fin de las dictaduras militares de los años '80. En contraste con eso las tendencias fueron bastante negativas y sumaron el desencanto democrático, la contracción productiva de las economías, una difícil inserción internacional y la mantención de los rasgos ya antiguos de pobreza e inequidad.

El primer campo de manejo difícil fue el propiamente político. En pocos años la mayoría de los países de la región pasaron de un clima de esperanza democrática a uno de desánimo por los resultados logrados por los nuevos gobiernos tras la difícil conclusión de los experimentos autoritarios inspirados en la doctrina de seguridad nacional. Muchos de estos regímenes dejaron tras de sí un terreno minado que obligó a los administradores emanados del

sufragio popular a manejar una situación económica recesiva con escasos márgenes de maniobra, que los llevó a estrechas negociaciones con los todavía poderosos grupos de oposición política y empresarial.

El ritmo del crecimiento del PIB que en los primeros años noventa fue promisorio declinó constantemente a partir de la gran crisis mexicana que explotara en diciembre de 1994. La tendencia se hizo todavía más desfavorable luego del estallido de la crisis asiática a mediados de 1997. Al anterior decenio de retrocesos se sumó entonces media década perdida más con el agregado desfavorable de que los sectores medios y populares ya habían consumido antes los escasos ahorros y reservas con que cuentan para hacer frente a los tiempos de vacas flacas en la economía. Luego de la recesión mexicana tuvimos en América Latina enormes convulsiones en la



economía
brasileña y, a
final terrible de
descomposi-
ción de la
economía
argentina y,
entremedio,
inmensas
dificultades en los
países centroamericanos
y del área andina. Incluso,
Chile que mantuvo una
contra tendencia durante
este período, acabó por
tener un crecimiento
negativo en 1999 de
1%.

En esos mismos
años una buena parte
de los países
latinoamericanos tuvieron que
dejar atrás sus históricas tendencias
del crecimiento hacia adentro para
volcarse a la economía internacional
y tratar de abrir espacios a sus
exportaciones en los mercados externos.
Lo primero que se hizo fue impulsar
un extenso listado de Acuerdos de
Complementación Económica y de libre
comercio en la propia región, lo que
llevó a consolidar una diferente
segmentación del continente donde los
núcleos homogéneos están ahora

marcados por los espacios subregionales.

La América Latina de comienzos del siglo XXI es la sumatoria de cuatro subregiones: el complejo espacio multicultural del Caribe dominado por los quince países ingleses del CARICOM más Cuba, República Dominicana, Haití y Surinam; el área centro americana; los países andinos y las naciones del Cono Sur. A ellos hay que agregar como un quinto actor a México que hoy día funciona como una gran bisagra entre los dos países anglosajones de América del Norte - Estados Unidos y Canadá - y el resto de América Latina. A diferencia de lo que ocurría hace unos cincuenta años en que las naciones latinoamericanas eran más semejantes hoy día sólo es posible encontrar márgenes de cierta uniformidad en el grupo de países que integran una misma subregión.

América Latina como noción sigue teniendo un significado histórico y cultural pero la heterogeneidad social y productiva de sus países es cada vez mayor. Pese a ello para la gran mayoría de sus componentes son válidas un conjunto de tendencias emergentes que, a su vez, son parte de una matriz de cambio que tiende a caracterizar la nueva etapa del devenir histórico de la región.

En el ámbito institucional se aprecia una verdadera paradoja en torno a la debilidad de los regímenes democráticos. Los latinoamericanos están insatisfechos con sus democracias pero todavía una gran mayoría de ellos las prefiere a cualquier otra forma de régimen político. Desde hace más de una década han desaparecido los golpes de estado y las dictaduras militares de nuestra realidad. Las escasas tentativas para lograr resultados de este tipo - en Paraguay, Ecuador o Venezuela - acabaron en el fracaso de los golpistas y se constituyeron en una importante



‘vacuna’ contra los intentos antidemocráticos. Las elecciones libres y limpias son ahora la regla general y ello constituye un indudable paso adelante. Lo que la gente espera en los diversos países de la región es que la democracia produzca resultados en las esferas más determinantes de la vida cotidiana y ayude a la gente a resolver las situaciones pendientes que plantean el desempleo y el trabajo informal, junto a un reforzamiento de las políticas sociales universales en las esferas de la educación y la salud.

Estas mismas expectativas permiten afirmar que los esquemas y diseños del pensamiento neoconservador norteamericano que en la región denominamos ‘neoliberalismo’ han perdido vigencia y convocatoria. Desde los años finales del siglo pasado hemos pasado a una fase política post neoliberal y exploramos estrategias de desarrollo que buscan su correspondencia en una nueva formulación de las políticas públicas. De la fase ortodoxa del pensamiento único sólo ha quedado en pie la necesidad de respetar los equilibrios básicos de la macroeconomía sin aventurar las medidas efectistas que fueron parte de la propuesta de las fuerzas políticas de

izquierda latinoamericanas hasta principio de los años ‘80. Las otras verdades económicas que con pretensión científica se nos buscó imponer - la privatización completa de las empresas públicas, la desregulación de todas las actividades productivas y las políticas sociales basadas en los subsidios a la oferta - hoy día pierden terreno y dejan lugar a fórmulas más flexibles con un mayor horizonte de equidad.

No hay ninguna duda que el actual es un terreno más propicio para la imaginación política y la justicia social que el que teníamos hace pocos años y la mejor demostración de ello es que los propios partidos de derecha han empezado a separar aguas de sus anteriores formulaciones buscando recubrir con un ropaje más solidario los planteamientos ultraliberales que ayer no más presentaban como verdades absolutas y como la esencia de un pensamiento moderno.

Entre tanto, identificamos un conjunto de tendencias emergentes para el manejo de los regímenes políticos democráticos que atraviesan la vida institucional de nuestros países. Entre estos sobresale la fugacidad de los nuevos textos constitucionales. Quizás si el mejor ejemplo sea la Constitución colombiana



de 1991, elaborada a partir de una Asamblea Constituyente en donde estuvieron presente todos los ritos institucionales asociados a la fundación de un nuevo orden político. Pese a ello apenas entrado en vigencia el nuevo texto se ha iniciado una extensa batalla para la modificación de sus contenidos algo que, a juicio del jurista mexicano Diego Valades, hace parte de una tendencia generalizada en el continente que tiende a hacer fugaces las propuestas normativas en el Derecho Público por el propio carácter cambiante de las realidades que éste intenta regular.

Un aspecto particular de este fenómeno fue la tentativa cada vez más frecuente de los gobernantes que alcanzaron un cierto respaldo de prolongar sus mandatos políticos, consagrando mecanismos de reelección que inicialmente no estaban contemplados. Es esta también una historia extensa cuyos capítulos principales se escribieron en la Argentina de Carlos Menem, en el Perú de Alberto Fujimori, en el Brasil de Fernando Henrique Cardoso o en la Venezuela del Coronel Hugo Chávez. A pesar de las diferencias en las trayectorias y programas de estos presidentes un común denominador de sus estrategias fue acudir a algo que es más propio de los regímenes parlamentarios: capitalizar el buen momento político de las puestas en marcha de sus experimentos para asegurarse un período de gestión más prolongado por medio de enmiendas constitucionales que en todos los casos estuvieron en condiciones de imponer.

Otro fenómeno inédito que ha acabado consolidándose en el tiempo reciente es el que podríamos denominar 'revocatoria social de los mandatos presidenciales'. En la anterior fase republicana de nuestra historia regional

las constituciones consagraban períodos de gobierno que siempre se cumplían. Esto era como un 'sino' de las elecciones democráticas y como alguna vez sostuvo el sociólogo argentino Jorge Graciarena 'en América Latina las elecciones originan

consecuencias que se sufren y los pueblos deben soportar los efectos de sus malas decisiones'. Ahora ha dejado de ser así. En un número cada vez mayor de países cuando un gobernante no cumple con las expectativas que sembró frente a su electorado se desata un movimiento de protesta social que puede acabar perfectamente en su destitución. El listado de experiencias en este rubro es extenso. La crisis que siguió al 'caracazo' luego del inicio del segundo mandato de Carlos Andrés Pérez en Venezuela y que acabó en su destitución; las expulsiones de los presidentes



dramáticos incidentes que siguieron al asesinato del Vicepresidente Argaña; la insólita fuga a Japón del presidente Fujimori de Perú; las renunciadas anticipadas de los presidentes radicales Raúl Alfonsín y Fernando de la Rúa en Argentina. Esta historia acaba de tener su último capítulo en la prolongada confrontación que el movimiento social indígena boliviano sostuvo con el Presidente Gonzalo Sánchez de Losada y que llevó a su sorpresiva partida a Miami hace un par de meses.

En la práctica la revocatoria del mandato, uno de los instrumentos clásicos de las propuestas de democracia semi directa que prosperaron al término de la primera Guerra Mundial se ha impuesto como un dato fáctico en la política latinoamericana más reciente. Paradojalmente el único que la ha reglamentado en una Constitución es el venezolano Hugo Chávez, quien está a punto de ver en juego su



ecuatorianos Abdalá Bucaram y Yamil Mahuad en que tuvieron un papel protagónico las movilizaciones indígenas; el alejamiento del Presidente Raúl Cubas en Paraguay tras los

propio mandato en el intento de consulta que la oposición ha desplegado en su contra.

Las búsquedas que ha abierto el amplio

proceso de transformaciones que vuelve a configurarse en América Latina ofrecen importantes espacios a las fuerzas de izquierda y progresistas del continente. Ya fue así en 2003, año que se inició con la toma de posesión de Luis Inacio Lula da Silva en Brasil y que se complementó con el sorpresivo acceso al poder del presidente Néstor Kirchner en Argentina. Mientras Lula era uno de los líderes más emblemáticos de la izquierda latinoamericana, Kirchner ha resultado toda una sorpresa con sus posturas más rupturistas pues la mayoría de los analistas no había examinado la consistencia de su biografía política desde que fuera un activo dirigente de las Juventudes Peronistas de los años '70.

En el presente año esta tendencia debiera reforzarse. Todo indica que en las elecciones de mayo próximo en Panamá, Martín Torrijos el hijo del legendario Coronel que recuperara la soberanía de su país en la Zona del Canal mediante los acuerdos suscritos con el presidente Carter en 1977, podría ganar la contienda y retornar al PRD al poder. Y lo mismo indican unánimemente las encuestas en cuanto a las opciones del ex Intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez en las elecciones presidenciales de noviembre en Uruguay que incluso señalan la posibilidad de que el Frente Amplio triunfe en la primera vuelta electoral.

El bienio siguiente 2005-2006 parece mostrar la misma tendencia de un modo que resulta muchísimo más favorable de lo que mostraban los

antecedentes hasta hace poco tiempo. En esa etapa fuerzas progresistas o de izquierda pueden llegar al poder en México donde el Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador del Partido de la Revolución Democrática aventaja en más de 15 puntos a los líderes del PAN y el PRI; en Perú donde el APRA ha recuperado posiciones y en Nicaragua donde el retorno de los Sandinistas al gobierno es considerado por la mayoría de los observadores como un dato ineludible.

A ello hay que agregar la notable recuperación de posiciones de la Concertación de Partidos por la Democracia en el escenario político chileno que ha devuelto una clara competitividad a esta coalición en las elecciones presidenciales de diciembre de 2005.

Sin embargo, no es posible extraer conclusiones triunfalistas de este recuento. La izquierda en América Latina tiene por lo menos dos desafíos centrales. En primer lugar es un conglomerado con más espacios

electorales que proyectos y para evitar que su paso por el gobierno sea fugaz e insustancial debe profundizar su trabajo en el campo de las ideas y tener visiones de país serias y modernas en el ámbito de las estrategias de desarrollo; de la superación de la pobreza y la construcción de la equidad; de una inserción internacional más dinámica o del afianzamiento de la cultura y los valores nacionales en medio del clima de la globalización.

En segundo término, debe hacer su separación de aguas con las visiones populistas completando el proceso de ruptura con los proyectos ortodoxos ligados al campo comunista que ya hiciera en los años '80. En un continente que ha visto crecer la pobreza de 130 millones de pobres en 1980 a 221 millones en 2003, la tentación de las medidas efectistas pero inconsistentes es muy grande. Hay que saber que el populismo y sus derivaciones de hoy en movimientos sociales contrarios al sistema pero bastante anárquicos y sin condiciones para la gobernabilidad—que

van de los movimientos indígenas ecuatorianos a los piqueteros argentinos— es parte de una corriente que se debe diferenciar de los partidos con vocación nacional y dimensión de estado. Estos últimos, si hacen bien su tarea, tienen una nueva oportunidad para cambiarle el rostro a América Latina de un modo duradero y profundo.

